

jeción, formulada por no sé qué crítico, me recuerda el comentario de una señora que había asistido a «Aleluya» la célebre película de costumbres negras. «Es lástima, decía, que todos los artistas sean negros...» Por lo demás, esos personajes secundarios y ridículos están maravillosamente delineados, y su presencia en esta obra, realza en forma muy atinada y artística la figura idealista de Barula.

¿Qué el libro es caótico? Sí, lo es. Más que novela, se me antoja el diario de un adolescente, pero de un adolescente como ya quisieran serlo los que perdieron la frescura del alma, y con ella, la de las ideas. En resumen, es un pequeño «gran libro», naturalmente guardando las proporciones debidas a la capacidad presente y pretérita (espero que no, futura) de nuestra literatura, a la edad del autor, y al *fin* que éste se propone.

Aquello del «fin» es muy importante.

Toda obra puede contener mucho más de lo que lleva, y lo que está dicho en ella pudo haberse dicho en otra forma mejor o diversa, simplemente. Será una verdad de Perogrullo, pero una obra «Es» debido a la exclusión de todo lo que pudo ser y que no fué. De lo contrario iríamos a la standardización literaria. Sin embargo, nuestros críticos no advierten, que dentro de una misma obra no hay cabida para una escala de valores. El único valor real de una obra está en su concordancia más o menos justa y armoniosa con la vida ex-

terior; y por lo que respecta a su valor nominal, sólo el progreso evolutivo del autor puede dar el criterio en la valoración del mismo. El metro lo fija su primera obra. Carlos Vattier ha elegido un metro grande «que podría hacerlo morir de su propia suerte literaria». Le deseamos sinceramente que no sea así. En todo caso, «Barula» es una excelente obra, llena de ilusión, de poesía, de petulancia juvenil (que en el caso de Barula—personaje, está bien, y por ello se salva el autor), y por fin, llena de esa amenidad tan escasa en nuestros tiempos en que las palabras escribir y aburrir han pasado a ser sinónimas.—*Benjamín Subercaseaux.*

DAPHNÉ ADEANE: LA PRINCESSE  
BLANCHE, por *Maurice Baring* (1)

Sólo ahora se comienza a tener, entre nosotros, un interés vivo por la novela inglesa. Su ámbito se enriquece con profundas sugerencias y abre nuevos caminos a la sensibilidad. Desde la angustia morbosa de Lawrence, el aristocratismo de Michel Arlen, el extraño simbolismo de Swinnerton, hasta la morosa nimiedad de Virginia Woolf, hay zonas intermedias pobladas de fuerza y belleza artística.

Baring yergue en *Daphné Adeane* una obra modelo. No modelo en el burdo sentido de ser fácil de imitar sino en el excelente de constituir un tipo actual de interés novelístico.

(1) Stok. Paris. 1931.

Pertenece *Daphné Adeane* a la novela ciudadana. En ella se presenta no sólo a protagonistas sino que se describe cabalmente su ambiente y la manera de vivir de todos aquellos individuos que se relacionan y forman una sociedad. No a la manera de un inventario de hechos y de menudencias de índole social sino dando la sugestión de un mundo en que impera el refinamiento y hasta el «dandysmo».

Tanto es el poder de sugestión de Baring y tanta la delicadeza de su talento que, como observa Maurois, los hechos relatados por él no tienen más relieve en su novela que el que poseen en la vida.

Contribuye a esto la índole objetiva del autor. La objetividad es, para Baring, no una pose sino una manera personal de explayar las cosas. Y la finura poética de su temperamento constituye un auxiliar vigoroso del escritor. Toda la obra aparece impregnada de este hálito de poesía y de ensueño que destaca a *Daphné Adeane* por detrás de los otros personajes y entrega a una muerta tanta fuerza de interés como a seres de carne y hueso que se mueven en salones y centros mundanos.

Baring deriva psicológicamente de Proust; pero es menos complicado. Hay en sus novelas más sanidad y la índole general de sus tipos es más ceñida sin relaciones directas con la psicopatología. Tampoco tiene Baring el exceso de decoración y detallismo que caracteriza a Proust. Pero en la manera, en el soplo poético, en la tenue

sugestión, en la modernidad surge el parentesco espiritual.

Baring es católico; pero no presenta en su obra una apología de su modo de pensar. Está muy distante y por encima del modo novelístico de Bourget. Más bien posee la sutil objetividad de Mauriac, superándolo en fuerza creadora. El valor de la doctrina cristiana—para Baring—no resulta nunca un producto de las acciones o la conducta de un personaje determinado. Sin embargo, vemos como el catolicismo informa los actos de sus creaciones literarias y no la de otros personajes cualesquiera. Sin embargo, el modo de Baring, su talento creador y su admirable técnica, alejan de sus novelas todo mal gusto o apostolado impertinente. Fluyen las consideraciones éticas de tal manera indirectas que el drama moral asume un relieve ejemplar aun para aquellos que no aceptan el ideario de los Evangelios.

De un modo similar trata Baring a sus personajes. No los analiza ni los pinta de un modo gráfico. Tan sólo los describe. Parece que fuera sólo una murmuración la que hace en torno de ellos. No dice: era alto o bajo; ni era enérgico o inteligente; o brioso o abúlico.

Dice simplemente: Fulano era Subsecretario de un Ministerio; Zutano, un comerciante; el de más allá viajaba por Italia, etc. Simples presentaciones que se hacen con un exquisito buen tono y una cortesía admirable.

Después explica sus actos en el curso del libro y esto nos da la

mejor noticia de sus vidas. Podría objetarse a Baring que tal procedimiento le da a sus tipos cierta imprecisión; pero la maestría del novelista salva cualquier obstáculo. Es imposible tener mayor realismo con procedimientos más delicados y profundamente humanos.

Lo mismo acaece con el ambiente, el paisaje y los escenarios de la obra. De muchos ni nos habla; de otros traza una simple y hábil relación, sin comentarios holgados. Y no obstante, el ambiente, el escenario son una de las cosas más perfectas de esta novela logradísima.

Obra toda del don de sugestión que forma la originalidad dominante en un escritor tan delicado y exquisito. Hay allí una perfecta unidad de tono entre escenario y personajes, entre acción y ambiente.

Más que un estilo estas cosas revelan un tono. La absoluta ausencia de humor: la seriedad, la buena fe, la simple y perfecta distinción natural del autor entrañan un atractivo especialísimo que crea a Baring un sitio relevante en la literatura inglesa de hoy.

Y no se crea que *Daphné Adeane* es un libro frío. Es todo lo contrario, no obstante los inconvenientes que ofrece la pintura de una sociedad aristocrática.

La figura que da el título al libro, *Daphné Adeane*, muere antes de iniciarse la acción y se hace aparente por sus relaciones con los vivos. Es tal el don de sugestión que tiene Baring que la muerta toma un relieve que pocos vivos

alcanzan en las páginas de un relato.

Ahí se muestra la intensidad del don poético de Baring que recuerda otra mujer muerta, Magdalena Green la inmaterial protagonista de *Legende*, admirable creación novelesca de la inglesa Clemence Dane. El sentimiento y la emoción son cualidades dominantes en *Daphné Adeane* y tienen, sobria y contentidamente, los acentos del arte perdurable en sus páginas. Baring conserva las directivas eternas de la medida y el buen gusto. Dista de lo patológico y de lo anormal. Salva con finura y poesía lo escabroso de un adulterio y reviste a todas sus creaciones de un carácter humano y hondísimo.

Con la *Princesse Blanche* nombre que tiene en francés *Cat's Cradle* de Maurice Baring, revive el interés de un problema literario: ¿puede existir la novela católica? Baring rehuye con pericia lo polémico y se aleja, por consiguiente, del modo de un Chesterton o de un León Bloy. No acepta, tampoco, el sistema apologético de Bruszet o el místico de Francisco Jammes.

Baring hace novela pura y simplemente. Hace arte y extrae su raíz en la vida real, sobre todo en la de los salones, cuyas costumbres y maneras no ofrecen secretos a tan fino buscador de matices.

Pero Baring, a la vez que un gran novelista es un hombre religioso y sabe presentar lecciones sin deteriorar la parte artística de sus relatos. En «*Cat's Cradle*» que traducido

literalmente significa «cuna de gato» o sea esas cunitas que se hacen con cáñamo, hay un símbolo de como la más pequeña cosa puede cambiar el curso de una vida. Es la vieja tesis católica de que «los actos nos siguen», de que no hay pequeñeces en la vida y que las cosas de apariencia inconsistente, adquieren un valor inmenso y un significado vasto por un accidente cualquiera. Estos actos, tales accidentes suelen modificar el curso de las existencias y arrojar a los humanos por un camino distinto con acontecimientos inesperados.

Para el novelista católico—según Henry Massis—la fe debía ser la única realidad. Es indudable que todo el curso de un relato tiene que ser, para el novelista cristiano, un producto de este sentimiento tan preponderante. Pero la dificultad consiste en la presentación de los hechos para que en ellos, exista verosimilitud artística. Aquí naufraga muchas veces el novelista católico.

Con Baring no acontece nunca tal fenómeno; porque su sensibilidad y tacto lo han equipado maravillosamente para todo evento novelístico. Y llegamos a la conclusión de que todo arte es maestría. La realidad se hace ideal; este es el grado poético. Y Baring sabe, como pocos, sutillar a la realidad y transformarla en poesía delicada.

*La Princesse Blanche* es una creación en que tres o cuatro generaciones con sus gustos y costumbres, su arte y cultura, y la política y aun las modas, desfilan evo-

cadas con eximio arte y maestría.

Es curioso cómo Baring hace revivir ambientes tan distintos como el de Roma y el de Londres con las costumbres de los protestantes y de los católicos ingleses. Una palabra, un gesto feliz, un esbozo rápido nos dan el secreto de una vida, el móvil de una existencia.

*Cat's Cradle* es una visión conjunta de la vida hecha con una precisión realista pocas veces lograda. No tiene la intensidad que las dos mujeres: la viva y la muerta, dan a *Daphné Adeane*; y pueda ser que no alcance su elevada potencia poética. Pero, precisamente, la moderación con que se ve allí todas las cosas, la levedad de la intervención del autor, dan al libro tal carácter de realismo que lo colocan entre lo mejor de la producción inglesa actual.

Este realismo se hace más intenso a medida que transcurren las páginas y, a la vez, una dulce y penetrante poesía nos impregna y subyuga con los mejores secretos sugestivos del arte.

Maurois elogiaba a Baring diciendo que la moderación, el equilibrio y el huir de subrayar las cosas dábanle un encanto indefinible. Entre este juego de realismo y de poesía, en este abandono poético y en este señorío difícil del arte se halla el magistral don de interesar que posee Baring y hace explicable su éxito en el público francés por obra de las traducciones comentadas aquí.—Ricardo A. Latcham.